

La opinión católica ante la guerra española

Publicamos a continuación apartes de los discursos y escritos producidos en la polémica que desarrollaron hace algún tiempo funcionarios del gobierno del general Franco y varios escritores católicos franceses. El lector juzgará cual actitud es más católica

MARITAIN, JUDIO CONVERTIDO Quiero designar especialmente a Maritain, el presidente del Comité por la paz civil y religiosa de España, ese judío convertido que comete la infamia de lanzar a todos los vientos la mentira de las matanzas de Franco y la inmensa estupidez de la legitimidad del gobierno de Barcelona; y a La Croix, periódico que es hoy pacifista, y como tal, nuestro enemigo.

Maritain es legalista, Maritain está contra nosotros por la legitimidad del gobierno de Barcelona. En nombre de cuatrocientos mil de nuestros hermanos martirizados por los enemigos de Dios yo lo desprecio, y no quiero abordar el tema de la legalidad del gobierno de Barcelona. . . .

España, que ha prestado a la Iglesia de Cristo el gran servicio de luchar contra la herejía protestante, renueva hoy ese servicio delante del mundo entero. En frente de esto, ¿qué nos importa la sabiduría de Jacques Maritain? La sabiduría de Jacques Maritain tiene acentos que recuerdan la de los sabidos de Israel, y las falsas maneras de los demócratas judíos. Sabemos que recibirá, si es que no ha recibido ya, el homenaje de las logias y de las sinagogas. Tenemos el derecho de dudar de la sinceridad de su conversión, y denunciamos delante del mundo católico este terrible peligro de traición. ("Gaceta Regional".—Salamanca)

L. Serrano Suñer

MI POSICION EN LA GUERRA DE ESPAÑA Estas columnas, —respondió Maritain a un periodista francés que lo interrogó sobre las opiniones que de él tenía Serrano Suñer—, juzgan a los que las profesan. En cuanto a mí, ellas me han hecho sentir hasta qué punto tenía yo razón en decir lo que he dicho de la ideología de la guerra santa, y en hacer lo que he hecho por la paz de España, y en este sentido me procuran una cierta satisfacción intelectual. Ellas muestran también que la opinión pública y la simple afirmación de la verdad son más eficaces de lo que algunas veces se cree. Este ataque, por lo demás, no nos hará desviar un punto de la línea de imparcialidad positiva (para hablar como nuestros amigos del Commonwealth) que nos hemos propuesto.

Sentimos el horror de los crímenes de la guerra civil de cualquier parte que vengan; sabemos que las cosas santas no deben ser infeudadas a las cóleras de los hombres, y que los cristianos deben buscar la paz, aún entre hermanos enemigos. Por eso hemos tratado de emprender una acción por la paz en España. El que esta acción sea desagradable a Burgos no la hace favorable a Barcelona, y lo que se pueda decir contra ella en Barcelona no la pone del lado de Burgos: ella no busca sino un fin, una justa paz obtenida por la mediación de las potencias; y es claro que por hipótesis esa paz apartaría de España cualquier predominio extremista, y que implicaría el reconocimiento de las libertades religiosas y de los derechos de la Iglesia católica. No tengo para qué añadir que por fortuna el depósito de la fe católica y el juicio sobre la sinceridad de las almas no han sido puestos en manos del señor Serrano. (Temps Présent, N° 35, París).

JACQUES MARITAIN.

* * *

LA POSICION DE MARITAIN ANTE LA GUERRA A ESPAÑOLA En un discurso pronunciado en Bilbao, el Ministro del Interior del gobierno de Salamanca ataca ruda-

mente a Jacques Maritain y a "La Croix". Y hace el honor de nombrarme a mí también. Con este propósito quisiera desvanecer ciertos equívocos, como también fijar mi posición y la de mis amigos respecto del conflicto que divide a España.

Mas ante todo, hay que advertirle al señor ministro espa-

ñol que aquí en Francia Jacques Maritain, a quien estiman profundamente sus amigos, es respetado hasta por sus mismos adversarios. Para muchos que no comparten con él sus apreciaciones sobre el Tomismo, ni aprueban todas sus iniciativas y sus actividades, es y seguirá siendo el "muy amado Jacques", a quien escribía Ernesto Psichiari en 1914: "Lo que tú has hecho por mí, esas oraciones tuyas que me atrajeron a Dios propiciamente, tus persuasivas palabras, ese ejemplo más persuasivo aún que es tu propia vida, tan noble y tan acrisolada en la pureza de la gracia, ese afecto tuyo tan fraternal que me sostenía constantemente en el camino regio de la verdad, todo eso tiene un valor inapreciable humanamente, y necesario es que tu recompensa te esté reservada en otra parte distinta de esta tierra..."

Jacques Maritain no es, como lo asegura el Ministro de Salamanca, un "convertido judío". Y si lo fuera, no por eso me parecería menos digno de nuestra admiración y aprecio; pero, en fin, no lo es. Creemos, eso sí, que esa alma a quien Dios lo unió, tuvo que ser su gran ayuda para hacerse ese cristiano tan ejemplar que, a imitación de su Maestro, no hace distinción de personas, que en toda criatura venera a un alma redimida, y que sólo ve en los rostros humanos de todas las razas una semejanza con el Padre común. Y muchos, para quienes se podría creer que no tienen ya esperanza, saben que no todo está perdido para ellos, mientras existan en una casa de Meudon que Dios habita, ese hombre y esa mujer cuya mirada y cuya voz constituyen algo más que promesa: la presencia visible de la Misericordia.

Después de haber depuesto ese testimonio por nuestros amigos, quisiera exponerle al señor Ministro de Salamanca las razones de nuestra actitud. Y en primer lugar, nosotros hemos creído siempre que en materia de orden temporal, el pensamiento de los católicos es todavía libre. Ya lo decía Gabriel Marcel en su conferencia sobre la "Cristiandad": "Ningún católico puede ser obligado como católico a alistarse en tal o cual bando en guerra contra tal otro". Por lo que a mí toca, mi primera reacción, al enterarme del alzamiento militar y de las matanzas de Barcelona, fue de derechista; y desde Vichy donde me encontraba entonces, dicté inmediatamente por teléfono ese artículo sobre la "Internacional del odio" que tal vez recuerdan todavía algunos lectores de "Le Figaro". La presencia de los moros, la participación en masa de las escuadrillas y de las tropas italianas y alemanas, los métodos atroces de una guerra total que cier-

tos jefes hacían contra un pueblo tan valiente como el suyo, los sufrimientos de los Vascos culpables tan sólo del delito de no-rebelión, pusieron a los católicos franceses en un doloroso caso de conciencia, pues no se ignoraba que tras de la barricada apoyaban al gobierno legal las fuerzas conjugadas del marxismo y de la anarquía.

Lo que nos decidió a nuestra actitud fue la pretensión de los generales españoles de hacer una guerra santa, una cruzada, de ser los soldados de Cristo. Yo quisiera que en este punto al fin se nos entendiera. Amables colegas han dicho muy graciosamente que yo lamentaba el no haber sido asesinados sino quince mil sacerdotes, y que todavía esa cifra me parecía reducida. Pero hablemos en serio: los crímenes y sacrilegios perpetrados por una muchedumbre armada y furiosa, al siguiente día de una rebelión reprimida, son de un horror intolerable. Solamente que nosotros creemos que los crímenes cometidos por los moros, que llevan un Sagrado Corazón en sus albornoces, que las depuraciones sistemáticas, y los cadáveres de mujeres y de niños que los aviadores alemanes e italianos van dejando tras de sí, en servicio de un jefe que se dice soldado de Cristo, son un horror de otra clase, respecto del cual ustedes tienen derecho de no sentir lo mismo que nosotros; pero lo que sí no depende de ninguno de nosotros es que las consecuencias de esto no sean menos funestas para la causa que debiera importarnos por encima de todo, esto es, para el reinado de Dios sobre la tierra.

* * *

... Que el señor Ministro del Interior no vaya a pensar que nos expresamos aquí con ánimo parcializado. Como cristianos, no tenemos por qué ir a juzgar las razones que pudieron tener nuestros hermanos de España para pronunciarse contra un gobierno que ellos consideraban como injusto. Ellos no habían previsto todas las consecuencias de su gesto. Nos damos también cuenta de lo difícil que resultaba para el Clero y el Episcopado dominar un conflicto en el que ellos mismos se veían tan trágicamente envueltos. Pero hay esto, hay esto que es una espantosa desgracia: que para millones de españoles cristianismo y fascismo han venido a confundirse, en forma tal que ya no les será posible odiar al uno sin odiar también al otro.

"En las circunstancias tan difíciles en que os encontráis, escribía el Santo Padre al Episcopado Mejicano el 2 de febrero de 1926, se hace necesario, más que nunca, venerables

hermanos, que vosotros y vuestro clero entero, como también las asociaciones católicas, permanezcáis completamente alejados de todo partido político, a fin de no dar a vuestros adversarios pretexto alguno para que se confunda la religión con una facción política cualquiera.”

Y aquí ruego yo a aquellos lectores que nos hayan juzgado con alguna severidad que se den cuenta de las razones por las cuales los católicos franceses deben temer quizá más que cualesquiera otros toda confusión de la causa de Cristo con la de los partidos; después de la guerra se ha realizado en la Francia católica un acontecimiento de inmensa trascendencia que tal vez escape a los observadores de fuera. Los esfuerzos de los católicos sociales, las iniciativas de un Episcopado de elección, amigo de los pobres y constructor de iglesias, la abnegación de uno de los mejores cleros que haya en el mundo, han dado ya sus frutos. Existe un renacimiento católico en la clase obrera, existe un sindicalismo católico, existe una juventud obrera cristiana.

Institutores e institutoras del Estado encuentran en Cristo el principip de su abnegación por los pequeños que el Estado les ha confiado. ¿Será un puñado en medio de la masa indiferente y hostil? Sin duda, pero un puñado de sal: ¡la sal de la tierra! En los arrabales, jovencitas de humilde condición se congregan para “hacer cristianos”, como me decía un día una asistentita social en Ivry. Y podríamos describir aquí esta vida subterránea de la gracia en Francia, tal como la entrevemos nosotros. Mas cuando una matrona hiletrista me murmura en el oído que los pueblos delicuescentes deben ceder el puesto a los pueblos fuertes, se refuerzan en mi pecho las razones que nos dicen que, a pesar de las apariencias, formamos el pueblo más fuerte, porque somos ahora más que nunca el pueblo de Dios.

Que el señor ministro de Salamanca me comprenda: no es precisamente en este momento en que florece ya el esfuerzo de tantas generacions cristianas y de ocultas abnegaciones, cuando vamos a dejar, desde el modesto puesto en que nos es dado obrar, que se comprometa la causa del Evangelio. Que la terrible ley de la guerra os haya arrastrado a esas depuraciones cuyo horror nos pinta Bernanos en su imperecedero libro, a esos bombardeos de ciudades abiertas, que os haya obligado a padecer esa alianza monstruosa con el racismo enemigo de la Iglesia, tan temible, tan virulento como el comunismo, lo repetimos una vez más, no tenemos por qué juzgaros y condenaros por ello, pues vuestras:

intenciones pueden ser rectas. Al levantarse con todo el poderío de su dialéctica y con todo el fuego de su caridad contra esa pretensión de los generales españoles de llevar una guerra santa, Jacques Maritain h aprestado a la Iglesia católica un servicio cuyo alcance puede medirse por el furor que ha suscitado.

No nos creemos infalibles, pero no dejaremos nunca de afirmar todo lo que nos parezca verdadero, en el momento mismo en que la guerra civil parece que toca ya a su fin, porque precisamente cuando ya todo haya terminado empezará el reinado de la fuerza incoptastada. Y la fuerza que se sirve de la Iglesia es la peor desgracia que le pueda sobreenir a un pueblo cristiano. Y es también el más grande de los crímenes, si es eternamente cierta la palabra que repetía en las postrimerías de su vida ese viejo apóstol que logró reclinar la cabeza sobre el corazón de Nuestro Señor: “Mis muy amados, Dios es amor”.

FRANCOIS MAURIAC

